



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Tucidides en el siglo XX

Autor:

José Alsina

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1977 - 1979, 20, pag. 151 a 174



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

TUCIDIDES EN EL SIGLO XX

por

José Alsina

Universidad de Barcelona. España.

I

La pregunta que debemos intentar responder a lo largo de este artículo no es ciertamente fácil. Por lo pronto, he aquí una primera dificultad: ¿Cómo hay que entender el contenido mismo del interrogante —*Tucidides, hoy?* Tras una primera reflexión, podría suponerse que se trata de ofrecer un panorama de los estudios que la filología clásica ha consagrado al genial historiador de la guerra del Peloponeso. Trazar lo que, en nuestra terminología, entendemos por “una puesta al día del problema”. Pero al hacer tal cosa, aún procurando saltar los límites que a esta tarea deberíamos señalar, tan sólo conseguiríamos movernos en un terreno erudito, o, cuando menos, puramente informativo. Si, por el contrario, procuramos centrar nuestro tema en lo que de vivo pueda haber, en nuestro tiempo, en la obra y el pensamiento de Tucídides, nos amenaza el peligro de perdernos en subjetivismos, o, cosa aún peor, en paralelismos harto discutibles, cuando no claramente anacrónicos.

Y, sin embargo, estoy plenamente convencido de que, en última instancia, no nos es lícito escamotear, por lo menos en sus líneas generales, los grandes intereses y las preocupaciones que la reflexión de los estudiosos han planteado en torno al historiador ático. Y ello por una razón que creo indiscutible. Cada generación debe replantearse en la medida de sus posibilidades el sentido y el valor de los clásicos, intentar verlos a la luz de las propias experiencias, enfrentarse, con sinceridad y honradez, con su obra y su pensamiento. En otras palabras: interpretarlos bajo el prisma del “hic et nunc”, de las coordenadas temporales y espaciales en que nos movemos y vivimos. Verlos, en suma, al trasluz de nuestra propia circunstancia. Porque los clásicos, precisamente por serlo, hablan en una especie de mensaje cifrado cuyas claves hermenéuticas son distintas para cada generación, para cada período histórico. De suerte que en cada época se procura hallar en los clásicos una respuesta distinta, que varía a tenor de los problemas que tienen planteados los hombres que se enfrentan con el clásico en cuestión. De ahí que un elenco de lo que interesa, hoy por hoy, a la investigación en torno a Tucídides, ilustrará, en no pequeña medida, nuestras propias preocupaciones.

Lo que primero cabe destacar es que el problema de la génesis de la obra, o, dicho en otros términos, la famosa "cuestión tucidídea", no interesa ya como interesó los dos primeros tercios de siglo. Tras los libros de Schwartz¹ y de Pohlenz², seguidos de la obra de Schadewalt³ sobre la cuestión, y, sobre todo, después del cerrojazo que dio a la cuestión Patzer, prácticamente puede afirmarse que el problema de si Tucídides escribió su obra en diversos momentos, cambiando de punto de vista en cada uno de ellos, o de una sola vez, ha dejado de interesar. Las investigaciones y las interpretaciones se mueven por terrenos menos movidos⁴. ¿Qué interés, pues? Pues, por lo pronto, un punto central y básico: ¿Cómo se comporta, Tucídides, en su calidad de historiador? La pregunta no es, ciertamente, arbitraria. Desde Littré, en 1839, se había establecido como principio inmovible que la producción histórica de Tucídides era una obra "científica", inspirada en la medicina y la ciencia de su tiempo. O, de acuerdo con las palabras de Cochraine⁵: La Historia de Tucídides sería un genial intento por aplicar al estudio de la vida social los métodos de la medicina hipocrática, al modo como la historia moderna aplica, al estudio de la realidad social, los cánones evolucionistas de interpretación derivados de la ciencia darwiniana. Tal interpretación, sin dejar de ser compartida, ha encontrado serios contradictores. Es cierto que aún en nuestro propio tiempo ha llegado a afirmarse que, en su concepción de lo que es el quehacer de un historiador⁶, Tucídides se halla más cerca del siglo XX que de su propio tiempo; y que, como ha hecho Weidauer⁷, la concepción inicial de Tucídides se modificó profundamente al entrar en contacto con la medicina hipocrática. Pero, por otro lado, hay claros indicios de que esta concepción, netamente positivista, está siendo revisada a fondo. Cuando en los primeros años de nuestro siglo Cornford, en un revolucionario libro⁸, niega a nuestro historiador la capacidad por entender la verdadera causa que provocó la guerra del Peloponeso⁹ ¿qué está haciendo, sino reaccionar contra la tendencia a ver en Tucídides un historiador de talante positivista que sabe aislar los "hechos" con científica claridad? Tesis que, profundamente modificada, y planteada desde otro ángulo de visión, constituye la base del libro de Stahl en el que se señala la radical "tragicidad" de la concepción histórica de Tucídides¹⁰. Y acaso nada está tan lejos de la concepción positivista de la historia que la visión trágica de la misma¹¹.

Segundo punto que interesa y de un modo que cabría calificar de obsesivo: ¿Cómo ha visto Tucídides el imperio ateniense? ¿De qué manera lo ha juzgado? ¿Cuál es su actitud ante este fenómeno? En el interés por tan delicada cuestión se delata, sin ningún género de dudas, las experiencias de los hombres de nuestra generación. ¿No es sintomático que el primero que se dedica, íntegramente, a tales cuestiones, date de 1948, esto es, de los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial? Tras este trabajo de Romilly¹², pionero en muchos aspectos, sigue una serie de estudios que, en uno o en otro aspecto, se ocupan del problema. Unas veces, como en el caso del artículo de Sté. Croix¹³ para sostener que, pese a la actitud negativa de Tucídides, el imperio ateniense gozaba de una gran popularidad entre sus mismos súbditos; otras veces para defender el punto de vista opuesto. La tesis del citado historiador inglés no dejó

de provocar una enorme polémica, eslabones de la cual son los trabajos de Braeden¹⁴ y de Quinn¹⁵, cada uno apuntando a metas distintas. No se trata aquí, ciertamente, de realizar una labor crítica de tales orientaciones aunque no dejaré de manifestar que, en mi opinión personal, el dominio ejercido por Atenas sobre su imperio no debió de ser aceptado con demasiado entusiasmo¹⁶.

La actitud de Tucídides frente al imperio está íntimamente relacionada con su oposición ante el régimen democrático imperante en su tiempo en Atenas. De rechazo, el tema se conecta con la concepción tucidídea del estadista ideal. También aquí la crítica ha realizado considerables modificaciones en los puntos de vista y en los enfoques. Hubo un momento en que Tucídides fue presentado como un demócrata exaltado, como un militante del partido que, en sus tiempos, estaba en el poder. El mismo discurso fúnebre en honor a los caídos que inserta el historiador en el libro segundo de su obra se interpretaba como un canto de gloria a la democracia, como un himno¹⁷, como un sueño digno del genio ático¹⁸, o, simplemente, como apuntaba recientemente en un amplio comentario al texto Kakridis¹⁹, como un documento para explicar a la generación que había nacido después de la crisis de Atenas, la grandeza prístina de la patria. Hoy las cosas han cambiado, al menos en ciertos detalles. Por lo pronto, ya era algo extraño que un exaltador de la democracia dedicara un elogio tan formal al régimen establecido por Terámenes a raíz de la revolución derechista del año 411. Y los esfuerzos realizados por Donini²⁰ en la monografía dedicada al tema no acaban de resolver, ni mucho menos, todas las cuestiones. Al contrario. De la lectura del libro, que recoge en esencia todo lo que anteriormente se había dedicado al problema, se llega a la conclusión de que, "non era ne un democratico ne un oligarca ne un fautore della tirannia"²¹. ¿Qué era entonces nuestro historiador? Posiblemente un espíritu que se hallaba a medio camino entre la democracia y la oligarquía²². Un hombre que amaba y deseaba, en política, la eficacia y la autoridad, el realismo.

Por ello, aunque hijo de una familia noble, pudo adherirse a los puntos de vista políticos de Pericles y atacar tan duramente a sus sucesores, cuya política no siempre supo comprender enteramente.

Y, punto complementario: ¿cuál era la concepción que del estadista tenía nuestro historiador? He aquí un aspecto de la obra tucidídea que ha merecido interesantes estudios, aunque no todos coincidan en las conclusiones. Uno de los primeros filólogos que, en nuestro siglo, se ocupó con profundidad y extensión del problema fue Bender²³. Pero el estudio del mencionado crítico se limitaba a detectar las notas que debía tener, en la mente de Tucídides, todo estadista, notas que hallaba explicitadas en el famoso segundo discurso de Pericles en el libro II y que cabría sintetizar con los siguientes términos: ideas, elocuencia, patriotismo, incorruptibilidad. La problemática central, esto es, si en el pensamiento de Tucídides, la inteligencia y capacidad de cálculo es capaz de imponer por encima de los caprichos del destino, o del azar, sólo algunos años más tarde fue abordada. Cabe mencionar aquí algunos trabajos señeros de Herter²⁴, Romilly, Stahl, que se plantean, con resultados divergentes, cierto es, la problemática de la tragicidad, o no, de la libertad y de las limitaciones del estadista.

A su lado, los estudios concretos sobre determinados estadistas²⁵ sólo deben mencionarse por mera curiosidad²⁶.

Más, no podemos detenernos más tiempo en esta temática, que nos alargaría considerablemente sin permitarnos hablar de otros aspectos que creemos lo merecen. Basta lo dicho para ofrecer un buen panorama de los centros que ocupan el interés la obra de Tucídides, hoy²⁷.

II

Justificada o injustificadamente, traicionando o no las reales intenciones, buena parte de los historiadores y pensadores occidentales han visto en Tucídides, el gran historiador de la guerra del Peloponeso, al descubridor de unas leyes generales de acuerdo con las cuales se rigen no ya tan sólo las grandes conflagraciones bélicas, sino, también, el mismo ritmo de la Historia. Eso es verdad, especialmente, de aquellos historiadores que tienden, ante todo, a afirmar la esencial identidad entre pasado y presente; de quienes, poniendo entre paréntesis los elementos particulares, individuales, de los hechos históricos, ponen de relieve las grandes líneas ideales, paradigmáticas, del acontecer histórico. En una palabra, los críticos que sostienen que el conjunto de acontecimientos humanos que llamamos Historia es, en última instancia, un fenómeno de repetición, y que, al hablar de la historia humana, pueden aplicarle la doctrina del "eterno presente", por usar la expresión de W. Deonna, o, "el eterno retorno", si preferimos la expresión de Mircea Eliade.

Esa actitud no la hallamos tan sólo entre los pensadores contemporáneos. Pueden hallarse en todos los tiempos y en todas las latitudes. Ya Polibio pudo inspirarse en el gran historiador para elaborar su teoría de la historia pragmática; Alfonso V de Aragón ordenó en varias ocasiones que se copiara su obra, con ánimo de leerla y estudiarla; Carlos V no deja nunca su ejemplar de Tucídides cuando parte hacia numerosas campañas bélicas en las que se vio envuelto; Machiavelli lo ha puesto últimamente de relieve; K. Reinhardt²⁸ — es un auténtico discípulo de Tucídides, y se ha inspirado en no pocas ocasiones en el gran historiador para establecer su filosofía del poder, que se basa, como señalara el propio Tucídides, en la unidad psicológica de la naturaleza humana. "Si consideramos los sucesos actuales y los del pasado —ha escrito el historiador florentino— se reconoce sin dificultad que en todos los estados y en todos los pueblos hay siempre los mismos deseos y la misma complexión, de suerte que fácil, para quien analiza los acontecimientos pasados, prever los que sucederán en cada estado y prever los remedios que aplicaron los antiguos". . .²⁹.

Una actitud semejante hallaremos en Hobbes, en Michel de l'Hôpital, y ya en nuestra propia época, toda una escuela de filólogos, a cuya cabeza se encuentran Schwartz y Rogenbogen³⁰, señalan que Tucídides debe verse a la luz de sus propias intenciones de convertirse en maestro de políticos. "Tucídides escribe como político para políticos", ha dicho Rogenbogen acuñando una fórmula que

es válida para una buena parte de autores que han pretendido ver en su *Historia* un auténtico manual en el que hallar las normas de conducta del estadista.

En realidad es posible establecer dos grupos diferenciados a la hora de clasificar a los espíritus que ven en Tucídides al maestro de las futuras generaciones. De un lado, aquellos que buscan, en la obra del historiador, lo que cabría llamar las leyes de los grandes conflictos bélicos; de otro, quienes, ampliando mucho más la perspectiva, ven en Tucídides al filósofo o al sociólogo de la historia. Para los primeros la lectura de la *Historia de la guerra del Peloponeso* ofrece una serie de paralelismos entre las vicisitudes de la guerra historiada por el ateniense y los hechos bélicos posteriores. Para los segundos se trata de aprender de Tucídides, ante todo, una metodología, un enfoque, un análisis de las fuerzas que determinan el acontecer histórico en sus principios generales.

También de uno y otro tenemos ejemplos innumerables en nuestra propia época.

Al terminar la primera guerra europea salieron de las prensas de todo el mundo libros que ponían de relieve lo que podríamos llamar la "contemporaneidad" de Tucídides. Eran libros nacidos de hondas experiencias personales acumuladas a lo largo de la contienda; libros que se proponían ilustrar los grandes principios que determinaron el estallido de la guerra; analizar las causas del conflicto a la luz de lo que ya entonces empezaba a llamarse la "primera guerra europea de occidente". O, simplemente, establecer determinados paralelismos entre hechos de armas de la guerra del 14 y otros semejantes del conflicto entre Atenas y Esparta. Bethe³¹, en efecto, publica, cuando aun la guerra no había concluído, un artículo en el que el filólogo analiza la contienda de Atenas y Esparta, a la luz de la guerra mundial. Thibaudet³² publica un libro parecido, y W. Deonna³³ analiza en un artículo memorable en algunos paralelismos —a veces harto superficiales— entre las dos guerras.

Lo mismo cabe decir de la segunda guerra mundial. En 1945 publica Lord un trabajo significativamente titulado "*Tucídides y la guerra mundial*"³⁴ y muy recientemente Woodhead³⁵ nos ha ofrecido un libro sobre Tucídides en el que, aparte de insistir sobre "the perpetual contemporaneity of thucydidean study", señala que su estudio ha salido de sus reflexiones sobre el mundo tal como estaba estructurado en 1967-68; "the America of Lyndon Johnson, the Britain of Harold Wilson, the France of Charles de Gaulle, the China of Mao-Tse-tung, the Russia of Leonid Brezhnev and Aleksei Kosygin".

Nadie negará, posiblemente, que el principio "Historia magistra vitae" sea un método legítimo de abordar la reflexión sobre el pasado. Sin postular, que la ausencia del acontecer histórico sea la repetición, el ciclo, el eterno retorno, no es posible, por otra parte, negarse a aceptar que, en determinados casos, uno no puede menos de sorprenderse de las analogías que ciertos hechos históricos patentizan entre sí. Cuando leemos, en cualquier narración contemporánea, la terrible campaña de Rusia, sea de Napoleón, sea la de Hitler, ¿podemos sustraernos a la sugestión de evocar, mentalmente, las duras observaciones que Tucídides hace a propósito de la campaña de Sicilia en el comienzo del libro VI? Y no se trata simplemente de paralelismos, digamos anecdóticos. Cuando Tucídides

pone en boca de Nicias que llevar la guerra a Sicilia es peligroso porque Atenas olvida que tendrá que sostener una guerra de dos frentes ¿No nos parece estar oyendo a los posibles consejeros del Canciller del Reich formulando las mismas advertencias? La creencia básica de Hitler —equivocada, como demostraron los hechos— de que los rusos se levantarían contra el comunismo, ¿no nos evoca las palabras de Nicias advirtiéndole que toda Sicilia cerrará filas (*ξυστήσεται*) frente al invasor? ¿Es infundado comparar el desastre de Asinaros con Stalingrado, el trato dado a Mitilene y a Melos con la represión húngara, alemana o checoslovaca; la dirección que Atenas tiene de la política de su imperio con la doctrina de Brezhnev de la soberanía limitada? El odio que los súbditos de Atenas sienten por ella —y lo reconocen, realísticamente sus mismos políticos, empezando por Pericles— es el mismo que sentirán los pueblos sojuzgados por una potencia imperialista moderna, como Alemania o la URSS.

Y para ilustrar, en última instancia, cómo se proyecta en el pasado hechos en cierto modo anecdóticos, diremos que acaba de salir de la prensa un libro cuyo autor, *L. Losada* ha estudiado el típico “topos” de la “quinta columna durante la guerra historiada por Tucídides”³⁶.

Cuando leemos en Tucídides sobre el carácter “inevitable”, “necesario” de la guerra, acuden a nuestra mente los esfuerzos que algunos de los presuntos responsables de la primera guerra mundial dicen haber hecho para evitarla: “Dios es testigo —afirma el Kaiser Guillermo II en una carta dirigida a Hindenburg, una vez terminada ya la guerra, desde su exilio— que para evitar la guerra he ido hasta el último límite de lo que juzgaba compatible con la seguridad e integridad, de mi querida patria”³⁷.

Estas palabras evocan, queramos o no, las de Pericles, cuando intenta convencer a Atenas de que el *ultimatum* presentado por sus enemigos no es sino un “pretexto” para obligarles a aceptar la responsabilidad de la iniciativa bélica. “Espero que ninguno de vosotros irá a creer que iniciáramos la guerra por una bagatela si nos negamos a revocar el decreto megarense, pues ellos pretenden que si se revocara no habría guerra: que no os quede la más leve sombra de remordimiento de haber iniciado el conflicto por un hecho insignificante. Pues de esa aparente bagatela depende por completo la resolución y firmeza de vuestra decisión. Si ahora cedéis, mañana vendrán con imposiciones más duras, por creer que habéis cedido por miedo”. No menos sorprendente es el posible paralelismo que puede establecerse entre las consecuencias políticas, sociales, psicológicas de la guerra de los dos conflictos: Tucídides ha sabido describir con mano maestra la horrible exacerbación de las pasiones políticas a propósito de las guerras civiles —secuela de la guerra general— que estallaron, primero en Còrcira, luego en el resto de Grecia. Como ha sabido descubrir la concatenación de causa y efecto entre la peste —otra secuela de la guerra— y la aparición de dos corrientes opuestas, pero psicológicamente emparentadas: la impiedad y la superstición. Los fenómenos naturales adquieren el carácter de admoniciones divinas. La creencia en los presagios se hace insistente: terremotos, eclipses, pestes, todo ayuda a provocar un clima de terror. Y, en última instancia, el refugio de la gente sencilla en el consuelo que ofrece la religión: los oráculos, las profecías, el recurso a la oración.

Esa coexistencia de fenómenos tan opuestos puede asimismo comprobarse en la época moderna:

¿No es significativo que, después de las grandes contiendas mundiales hayamos asistido a fenómenos parecidos? La primera guerra mundial trajo consigo el redescubrimiento de Kierkegaard y, con él, la aparición de la filosofía existencialista.

Y, en la postguerra última, la literatura del absurdo ha sido, sin duda, uno de los hechos más significativos que hemos vivido. Si la obra de Spengler representa en el campo de la filosofía de la historia la negación más radical de las tendencias historiográficas, propugnando una especie de nihilismo cultural, paralelo a las grandes convulsiones socio-políticas (el marxismo, la revolución soviética), el irracionalismo es uno de los grandes resultados de la segunda contienda. La guerra ha sido, como afirmara Tucídides, un maestro de violencias; con ella se producen las más terribles subversiones de valores. De ellas suele nacer un mundo nuevo, no necesariamente mejor, por supuesto, que el que le ha precedido. . .

III

¿Cómo ve al historiador Tucídides nuestro siglo XX? Profundicemos algo más lo que antes decíamos: Porque es indudable que cada generación está capacitada para ver el pasado bajo una luz distinta. Hemos aprendido que la aprensión del pasado no es una operación intelectual que permita aclarar, de una vez para siempre, su sentido completo. La tarea del historiador —es el gran descubrimiento de la historiografía contemporánea— consiste en aportar, quiera o no, una determinada perspectiva a la hora de intentar la comprensión de los hechos históricos. Y a la elaboración de esa perspectiva coadyuvan los coordenados históricos, en que se mueve el propio historiador. Y el siglo XX ha sido pródigo en hechos importantes, sociales, económicos, políticos, espirituales, suficientes de por sí, para permitirnos ver bajo una luz distinta, la historia de la guerra del Peloponeso, y, *a fortiori*, de su gran historiador. Vamos, pues, a intentar, en breve y apretada síntesis, seguir los pasos de la interpretación actual del historiador Tucídides.

Comencemos por una simple constatación: Hace algunos años apareció un breve trabajo de H. Flashar que lleva el sencillo título de *Der Epitaphios des Perikles*³⁸. Pero tan pronto se han pasado las primeras páginas de ese breve trabajo (56 páginas en total) nos damos cuenta que estamos asistiendo a una nueva valoración, a un nuevo enfoque del famoso discurso que Tucídides ha puesto en boca del gran estadista en el segundo año de la guerra. Si el “logos epitafios” de Pericles había sido considerado, prácticamente sin excepciones, hasta entonces, como un auténtico himno a la democracia ateniense, el estadista genial que intentó elevar a Atenas al cénit de su poder y de su gloria, o, cuando menos, era un desesperado intento del historiador para evocar, a las generaciones jóvenes de la postguerra, la grandeza de los ideales por lo que Atenas fue a la guerra, estamos ahora en presencia de una demoledora crítica interpretativa que pretende sostener que, de hecho, el logos epitafios no es ni más ni menos que una condena formal de

Pericles como responsable de la guerra, y por consiguiente, de la derrota. Pericles, un fracasado: tal es la tesis sostenida por el filólogo alemán.

Sin que podamos detenemos en los pormenores de la tesis de Flashar sí conviene poner de relieve que el argumento básico en que se apoya el autor es el discurso fúnebre de Pericles, escrito después de la derrota del 404, y en el que el político insiste en que, bajo su dirección, Atenas se ha convertido en una entidad que se basta para la paz y para la guerra, tenía que sonar a ironía en los oídos de la generación contemporánea de la derrota; en una palabra: que la política periclea había resultado un fracaso.

Posiblemente esta afirmación, que no vamos aquí a discutir, sea sintomática a la hora de estudiar la valoración y el juicio que el siglo XX, en sus manifestaciones actuales, ha dado de nuestro historiador. Para comprender en todo su alcance el sentido de la tesis de Flashar, y, sobre todo, para entender la completa inversión que se ha producido en los últimos años respecto a la actitud de Tucídides frente a Pericles, debemos trasladarnos mentalmente a los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial. Ahora en efecto, asistiremos a un curioso fenómeno de trasposición de los sentimientos de determinada filología a la situación, aparentemente paralela, que se dio en Atenas a raíz de la derrota del 404.

En efecto: En 1919 aparece en Alemania un libro de Schwartz³⁹ que habrá de señalar la pauta de toda la interpretación moderna de Tucídides como pensador político hasta los años de la postguerra de la segunda conflagración mundial.

Ed. Schwartz era un filólogo clásico que se había formado en los últimos decenios del siglo XIX, alimentado por los ideales de la Alemania del II Reich. Como todos los hombres de su generación, el terrible impacto de la guerra europea hizo profunda mella en su espíritu. Y no es aventurado barruntar que, como a muchos compatriotas suyos, la derrota de su patria frente a las potencias aliadas tuvo que afectarle hondamente. Pues bien, en 1919 aparece un libro que, bajo la apariencia de la más objetiva y fría metodología filológica, ocultaba todo el dolor y la pasión del patriota que ha visto a su patria derrotada y maltrecha. Parte del libro de Schwartz da una serie de observaciones concretas relativas a la obra tucidídea, sobre todo: concentra toda su atención en la serie de los cuatro discursos pronunciados en el primer libro de Tucídides, en ocasión de la primera asamblea de la Liga peloponesa convocada a instancias de Corinto, que se ve amenazada por Atenas. Del análisis minucioso de esta parte de la obra tucidídea llega el filólogo alemán a la conclusión de que, en esta serie de cuatro discursos estamos en presencia de partes redactadas en épocas distintas; que el autor ha introducido una serie de modificaciones en lo que podríamos llamar el borrador de la obra y que, el editor, que encontró los materiales sin separar, los editó conjuntamente, cuando era claro, según Schwartz, que Tucídides había pensado suprimir partes redactadas para ser sustituidas por otras redactadas posteriormente.

Pero ¿por qué este deseo hipotético del historiador? Sencillamente, porque Tucídides, en el curso de la redacción, cambió repentinamente de perspectiva. En efecto, según el filólogo alemán, la *Historia* de Tucídides ha sido redactada

en dos momentos decisivos: de una parte, tenemos un primer esbozo en el que la tesis central era que la responsable de la guerra había sido Corinto; fue este estado quien arrastró a Esparta a una guerra que ella no deseaba. Así, quedaría aclarada una cosa: de la serie de los cuatro discursos del libro I, habían sido redactados primero el discurso de los Corintios y la débil respuesta de Arquídamo. Las palabras de los embajadores de Atenas y las del Eforo Estenelaidas no figurarían en la primera redacción.

Pero ¿qué ocurrió después, para que el autor se decidiera a realizar las modificaciones a que nos estamos refiriendo? Sencillamente, que en su ánimo se había producido una profunda experiencia que le obligó a replantear bajo otra luz todos los hechos de la guerra. Vamos a dejar la palabra al propio Schwartz para que nos explique su hipótesis: "Al principio, conformándose a su observación inmediata, de los acontecimientos y a la visión personal de los asuntos lacedemonios, obtenida durante su residencia en el Peloponeso después del año 421, vio la causa de la guerra en el odio acumulado contra Atenas entre sus vecinos más próximos. Los de Mégara, Egina, y, sobre todo, los comerciantes corintios, a quienes el espíritu emprendedor de la democracia ateniense iba arrebatando una tras otra sus posiciones, intrigaron y azuzaron a unos y otros hasta conseguir ganar a Esparta para su causa. Sin esas intrigas habría sido posible una inteligencia entre Atenas y la política espartana, poco deseosa de guerra. De mala gana exponía Esparta sus rígidas instituciones a la prueba peligrosa de campañas extranjeras. . .

Pero después de la catástrofe siciliana el cuadro cambió totalmente de aspecto. La Esparta de Lisandro, y Gilipo no era la Esparta de Arquídamo. Su política imperialista sin escrúpulos dejó atrás cuanto Atenas pudo haber osado en este sentido. . . Viendo ahora como Esparta había alcanzado una posición dominante que nunca había tenido Atenas, creyóse Tucídides autorizado para emitir el juicio histórico de que el verdadero enemigo de Atenas había sido siempre Esparta. Los celos de Esparta y no la envidia de los corintios habían sido los culpables de la terrible guerra. Esta concepción hizo ver los acontecimientos anteriores a la luz de los que vinieron después, y reunió en una sola unidad la primera guerra de los diez años, y la última lucha, encaminada a aniquilar el Imperio ateniense. Primeramente había narrado la guerra arquidámica con fría objetividad, fijando la atención tan sólo en las fuerzas políticas y militares. Ahora se le reveló el profundo abismo que separaba la psicología espartana y ateniense. Ante la visión de la honda sima en que había caído su ciudad natal, sintió cuán magnífica creación había sido aquel imperio cuyos días brillantes alcanzara en su juventud. Sus contemporáneos más jóvenes pensaban de otro modo. Siempre había sido atacada violentamente la política de Pericles por todos aquellos que, por cualquier motivo, desaprobaban la guerra. . . A tales opiniones opónese apasionadamente Tucídides en las nuevas partes de la obra, escrita después de 404.

Pericles tuvo razón no retrocediendo un paso ante la envidia espartana: en el fondo, no importan nada las discusiones que acabaron por llevar a la guerra. Esto es lo que ahora enseñaba Tucídides, y no completó la exposición, muy detallada pero inacabada, que antes había hecho de estas discusiones. Explicó

que Pericles había calculado exactamente el poder propio y el del adversario cuando se atrevió a lanzarse a la guerra, y que del desdichado final no era culpable su política sino las faltas cometidas por los atenienses. . .”⁴⁰.

Sin proponernos discutir aquí las hipótesis de Schwartz, sí debemos poner de relieve, que, de acuerdo con el crítico alemán, los rasgos que caracterizan al historiador Tucídides son de un lado, una actitud de apología apasionada de Pericles y de la política intransigente que había defendido siempre el estadista frente a Esparta. Esto nos lleva a plantearnos una serie de aspectos que la crítica más moderna ha tratado y discutido con relación a Tucídides.

Comencemos por la primera, su actitud ante Pericles. Hemos anticipado ya, hace un momento, las últimas posiciones sostenidas por algunos críticos que pretenden, como Flashar, que puede descubrirse, tras la obra del historiador, una condena de la política belicista e imperialista de Pericles. Hay realmente antecedentes de tal posición⁴¹ que, de entrada, se nos antoja absolutamente indefinible. Tucídides ha visto en Pericles al estadista genial que supo intuir claramente la estrategia a seguir ante Esparta, pero que, con su muerte, dejó a Atenas privada de un guía del talento capaz de llevar a término sus planes. “Thucydide, c’est un fait —ha dicho J. de Romilly— approuve et admire Périclès”⁴². Y cuando Bender⁴³ realiza un análisis de las cualidades que el historiador atribuye al estadista ideal en su famoso discurso segundo del libro II, lo que está haciendo es abstraer de su admirado personaje los rasgos básicos que después podremos ver aplicados a otros estadistas de talante y cualidades parecidas, aunque de menor talla. Otra cosa es que, al afirmar que Tucídides admiraba a Pericles, debemos admitir, simultáneamente, que también era un defensor de la democracia. Desde hace algún tiempo se ha ido insistiendo en que, efectivamente, una cosa es su ideal político teórico, y otro muy distinto el hecho de que, por unos años, Atenas estuviera regida por una figura excepcional, que, por otra parte, y en determinadas perspectivas, era la negación práctica de la democracia radical, por la que tanta repugnancia sentía Tucídides. Así se concibe que, de un lado, haya definido el régimen de Atenas bajo Pericles como “el gobierno del primer ciudadano” aunque fuera en teoría una democracia. No. “Tucídides, ha dicho Mc. Gregor⁴⁴ se adhería a la tradición antidemocrática de su familia; pero ello no fue obstáculo para que se sintiera impresionado por el genio de Pericles”.

Las relaciones entre Tucídides y Pericles pueden enfocarse, empero bajo otra perspectiva, más amplia. No ha dejado de señalarse, por ejemplo, que Tucídides en su interpretación de las causas iniciales del conflicto, ha hecho todo lo posible por salvar a su admirado estadista de la responsabilidad de la guerra. El problema es importante y conviene que nos detengamos un poco en él. Como es bien sabido, la tesis básica que, por lo menos en la redacción actual de la *Historia*, sostiene Tucídides es que la verdadera responsabilidad del conflicto radicaba en el temor que Esparta sentía ante la potencia ática. Que, en suma, la guerra del Peloponeso fue una especie de “guerra preventiva”⁴⁵. Que este punto de vista tucidídeo sea original creo que es algo que no puede ponerse en duda, si atendemos al énfasis con que el historiador expresa su teoría. Pero es sabido también que, incluso durante la guerra, en la propia Atenas, no dejó nunca de sostenerse un punto

de vista enteramente opuesto⁴⁶, que achacaba al estadista la responsabilidad entera, al haber lanzado a Atenas a una peligrosa aventura para ocultar ciertas dificultades internas en que se encontraba Pericles y su política. La bibliografía moderna ha sido asimismo pródiga en intentar buscar los posibles motivos de las causas del conflicto⁴⁷. El caso más espectacular es, como se sabe, el de Cornford, quien en su obra "*Thucydides mythistoricus*" sostuvo nada menos que la última razón fue la política expansionista que el partido comercial, radicado especialmente en el Pireo, impuso a Pericles, y que le obligó a lanzarse a la guerra por dar satisfacción a los intereses de este partido. Lo más grave es que, según Cornford, Tucídides no habría tenido el más remoto barrunto de tal imposición. Por ello callaría todos los posibles móviles económicos que pudieran desencadenar el conflicto. Ahora bien, ¿es posible que un hombre que poseía importantes minas de oro en las regiones tracias, no tuviera el más ligero conocimiento de la política comercial ateniense? ¿Es lógico suponer que un hombre que llegó a ocupar cargos de tal responsabilidad como el de *strategós* estuviera tan poco informado de lo que se estaba cocinando en los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra?

¿Es verosímil que quien, como Tucídides, ha trazado una visión del desarrollo económico y político de Grecia con unos puntos de vista que algunos críticos han emparentado y puesto en paralelo con el marxismo⁴⁸, le hubieran escapado, de haberlos visto, los factores económicos que motivaron la guerra?

El silencio, por parte de Tucídides, de algunos detalles relacionados con aspectos de la guerra, así como otros que se refieren a Pericles —por ejemplo, el hecho de que silencia toda oposición contra Pericles en los años de la Pentecontecia— deben situarse en una perspectiva más amplia. Podemos hablar de "los silencios de Tucídides" y ponerlos en relación con lo que, de un tiempo a esta parte, tiende a llamarse "la parcialidad del historiador", una parcialidad que, desde luego, sus mismos defensores califican de inconsciente, y, ciertamente, no malintencionado, sino simple resultado de su posición política.

Ya Gomme, en las primeras páginas de su monumental comentario al historiador, ha hecho mención de aquellos puntos que Tucídides consideraba evidentes y que, por ende, no pensaba ocuparse de ellos. Hay otros que metodológicamente caen fuera de la intención del historiador, y por tanto, no podían ser tema de su historia. Por ejemplo, Shotwell⁴⁹ han reprochado a Tucídides que no haya mentado jamás en sus páginas las grandiosas construcciones que, durante la guerra, se estaban llevando a cabo en Atenas (Partenón, etc.); que no se cita jamás a Sófocles ni a Eurípides, a Sócrates, a Anaxágoras, a Protágoras. Lo cierto es que quienes reprochan a nuestro historiador tales silencios no se dan cuenta de que el propio Tucídides en el prólogo de su obra afirma taxativamente que su propósito es "narrar la guerra sostenida entre Atenas y Esparta". La guerra: tal será su tema, al que se mantendrá fiel a lo largo de toda su obra.

Abandonemos, pues, tales silencios, y pasemos a otros aspectos del posible partidismo y parcialidad Tucídidea, punto que, como hemos dicho, ha ocupado últimamente el interés de no pocos historiadores y filólogos.

Comencemos por el imperio y su popularidad. Que el imperialismo ateniense

es uno de los centros básicos del interés del historiador es algo que ha puesto definitivamente en claro J. de Romilly en su tesis doctoral ya citada, y en el que por otra parte, refuta de un modo terminante la hipótesis de Schwartz al demostrar que, si ha habido una redacción primera de la Historia, en ella el imperialismo ocupaba una importancia tan grande como pudo tenerla en la última redacción, la que ha llegado hasta nosotros. Lo que ha sido posteriormente objeto de polémica, ha sido la cuestión de la popularidad o impopularidad del imperio de Atenas. Abrió el fuego en 1954, el historiador inglés de Ste. Croix, en un memorable artículo antes mencionado.

En general, como es bien sabido, las fuentes antiguas, y con ellas el propio Tucídides, coinciden en sostener que el imperio ateniense era despótico y explotador, y ello explica que gozara de tan poca popularidad, de modo que con relativa facilidad los ejércitos espartanos o *las quintas columnas* de las ciudades sometidas a Atenas conseguían una defección al bando de Esparta, que, como es notorio, inició la guerra presentándose como la "liberadora de Grecia". Es cierto que durante el siglo XIX, y sobre todo por parte de algunos historiadores británicos⁵⁰ que insistían en el "*liberal temper*" del talante político ático, se procuró combatir tal punto de vista. Pero poco o casi nada se consiguió. Ste. Croix intentó analizar los datos que nos proporciona el mismo Tucídides para sostener que el cuadro ofrecido por el historiador es incompleto, y que los intentos de rebelión partieron siempre de grupos oligárquicos, que aprovechaban cualquier coyuntura para iniciar un movimiento de defección.

La realidad, empero, es muy distinta. Nunca podremos dejar de agradecer a Ste. Croix el generoso intento de intentar salvar el prestigio de Atenas, pero no es menos cierto que los historiadores modernos no pueden sustraerse a una instintiva simpatía hacia el imperio ateniense porque Atenas ha creado valores grandiosos con su tragedia y su arte. La historia moderna nos ha demostrado por desgracia, la compatibilidad entre una gran cultura y un imperio despótico y cruel. Son cosas distintas. Ciertamente que Tucídides, y ello lo acepta el mismo Ste. Croix, se sentía fascinado por la grandeza del imperio, y las instituciones que lo hicieron posible. De ahí el himno a Atenas que es, ciertamente, el *logos epitafios* del libro II. Pero Tucídides tampoco pudo dejar de observar que Atenas había hecho un uso abusivo de su poder, como lo hará, a su vez, Esparta, que, si se lee a Tucídides con atención, no resulta mejor parada que Atenas. A pesar de que algunos críticos modernos han insistido en que Tucídides ha callado la existencia de un imperio peloponesio o espartano, creemos que el juicio que le merece Esparta a Tucídides no es, en el fondo, mejor que el que le merece la Atenas postpericlea. Es cierto, que, por ejemplo, trata muy mal, incluso a veces con gran parcialidad, a su personal enemigo, Cleón⁵¹: Pero no es menos cierto, que, siente una no inconfesada simpatía por Brásidas.

Es por ese camino, esto es, a través de las simpatías o antipatías que Tucídides haya podido reflejar en su obra que, desde hace algún tiempo, ha empezado a surgir una corriente interpretativa que rebaja en gran manera la tan cacareada imparcialidad del historiador Tucídides. Vale la pena que nos ocupemos brevemente del problema porque puede ser éste un camino que nos conduzca hacia nuevas perspectivas hermenéuticas.

Se ha observado ya en las páginas anteriores que no pocos comentaristas de nuestro historiador han insistido en lo que se ha venido en llamar los silencios tucidídeos; otros, como Gomme, insisten en que muchos de esos silencios son debidos a que nuestro historiador "da mucho por sentado" y que el lector contemporáneo suyo daba todo ello por supuesto. En otros caminos se ha avanzado algo más. Ya se habla, sin reparo alguno, de las parcialidades de Tucídides. Así lo ha hecho un crítico griego moderno, Vlachos quien no hace mucho tiempo publicaba un libro con el significativo título de *Partialité chez Thucydide*⁵². Lo que ocurre es que, sobre todo en este libro a que nos estamos refiriendo, la llamada parcialidad surge de una concepción específica del historiador, una concepción que pretende exigir al autor unos métodos que no son precisamente los que él mismo se ha impuesto. Pero un breve bosquejo crítico de la obra de Vlachos aclarará mejor, creemos, lo que queremos decir.

Establece Vlachos cinco casos concretos de parcialidades en nuestro autor. Concretamente se ocupa de una pretendida simpatía hacia Esparta en detrimento de Atenas. Un segundo ejemplo sería la forma parcial y subjetiva con que Tucídides habría enfocado la expedición ateniense a Sicilia. Los restantes casos se relacionan con la exposición que hace al historiador de la Pentecontecia, que estaría según Vlachos desenfocada porque Tucídides habría compuesto este importante pasaje de su primer libro para engrandecer, exagerar, la importancia de "su guerra", de la Guerra del Peloponeso. El retrato que nos ha dejado de Cleón y de Nicias constituyen los otros ejemplos aducidos por Vlachos.

En realidad, y como señalado anteriormente, no ha sido el escritor griego el primero en plantear la tesis de una deformación consciente del hecho histórico en Tucídides. Sin embargo, en este libro aparece de un modo diáfano el defecto metodológico básico de toda era orientación interpretativa de la forma como Tucídides escribe la historia. No podremos ocuparnos de cada uno de los casos aducidos, pero tomaremos algunos puntos concretos como "cala" que nos permita detectar el origen de tal postura.

El autor del libro que estamos comentando parece escandalizarse de que Tucídides no haga ningún esfuerzo por aclarar a sus lectores que la política de Esparta al presentarse como la "liberadora" de Grecia del yugo ateniense no es más que pura propaganda. La verdadera causa que motivó el estallido de la guerra Peloponesia, viene a decir Vlachos, es definida por el propio Tucídides como el temor de Esparta al podería creciente de Atenas. En consecuencia, el "slogan" espartano es simple y claro: "Guerra contra Atenas para conseguir la liberación de los griegos que gimen bajo el yugo ático". Pero, continúa nuestro crítico, mientras el imperio ateniense es leit-motiv de toda la obra Tucidídea, apenas se insinúa el más ligero comentario en torno a la existencia de un auténtico imperio espartano, como tampoco comenta jamás Tucídides que el gesto liberador de Esparta no es más que pura propaganda.

Vlachos desearía que Tucídides hubiera tomado la palabra y hubiera señalado de un modo inequívoco, a sus lectores, que se trata de puros manejos propagandísticos, y que Esparta no hizo más que favorecer sus propios intereses al hacer suya la causa de la libertad de la Hélade.

Pero ocurre que una lectura atenta de la obra Tucídídea obliga a llegar a conclusiones más bien opuestas. En un pasaje memorable del libro tercero, Tucídides describe cómo Esparta entrega fríamente los platenses a la discreción de sus más odiados enemigos, lavándose cínicamente las manos y permitiendo que se cometa una matanza no sólo injusta, sino incluso innecesaria.

Pero el lector intuye claramente que en aquellos momentos el interés de Esparta está en no desairar a sus aliados, y obra en consecuencia. En otro pasaje del mismo libro el general espartano Alcidas da orden de ejecutar a todo prisionero: que caiga en manos aliadas. El hecho es tan brutal, que los mismos aliados tienen que recordar a Alcidas que tales órdenes se compadecen muy poco con la pretensión espartana de liberar Grecia. En el libro IV nos presenta a los Espartanos apresurándose a pedir la paz a Atenas. ¿Qué la mueve a dar este paso tan importante? ¿Acaso razones sentimentales? ¿Quizá porque considera que Grecia puede salvarse de una hecatombe nacional? Nada de eso. Las razones que la impelen son hartamente egoístas: Atenas ha capturado, o está a punto de capturar, un importante contingente espartano, y la “liberadora” de Grecia se dirige a sus “enemigos” ofreciéndole un tratado de paz y de amistad, a cambio de ese contingente. Los intereses de Grecia, la aspiración a la libertad de los griegos, los intereses mismos de sus actuales aliados pasan a un segundo plano. Es el egoísmo, el interés particular lo que mueve los hilos de la política espartana. Y cuando, en fin, en el libro V, el historiador relata los primeros contactos entre Atenas y Esparta para firmar lo que se llamará la paz de Nicias, la conducta de Esparta es exactamente la misma que unos años anteriores.

Y ¿qué diremos del enfoque dado por Tucídides de la famosa expedición a Sicilia? Lo que molesta a Vlachos es que Tucídides no comente, de un modo concreto y con palabras tajantes que “la conquista de la isla es un motivo constante en la política de Atenas”, por decirlo con las mismas palabras de Vlachos (pág. 145). Y, sobre todo: que mientras dedica una monografía auténtica a la famosa expedición a Sicilia, que abarcará los libros VI y VII apenas unas pocas líneas bastan, en el libro I, para despachar la expedición a Egipto, durante la Pentecontecia.

Pero aún dejando aparte el hecho de que la desastrosa expedición a Egipto forma parte de una narración necesariamente abreviada, quedan en pie dos puntos concretos: primero, que mientras la intervención ateniense a Egipto no tuvo, ni podía tener, consecuencia en la guerra del Peloponeso, por la sencilla razón que aconteció antes de que ésta estallara, la derrota de Sicilia iba a dar un cambio total de rumbo a la guerra historiada por Tucídides. Y, en segundo lugar, que nuestro historiador no ha dejado en ningún momento de señalar, de un modo o de otro, el importante papel que Sicilia desempeñaba en toda la política ateniense. Basta leer el libro IV para verlo claramente.

IV

Resulta altamente sintomático, y es preciso que intentemos aclarar por qué, el hecho de que, de un tiempo a esta parte, aparezcan libros y trabajos cuyo denominador común en la consideración de Tucídides no como el historiador

imparcial, objetivo, esclavo de la verdad, sino como un espíritu que ha dejado una profunda huella de su propio subjetivismo en la obra que nos ha legado.

En honor a la verdad, cabe decir que la aparición de esa corriente interpretativa tiene un lejano precedente en la obra, mencionada varias veces a lo largo de nuestro trabajo, de Cornford *Thucydides mythistoricus*, publicada en los primeros años del presente siglo. Lo que Cornford pretendía, aparte quizá la intención de reaccionar contra la tendencia a hacer de nuestro historiador un precursor de las modernas corrientes positivistas y científicas, —era, lisa y llanamente, entender a Tucídides a partir del ambiente intelectual en que había crecido y se había formado nuestro historiador. Contra corriente, pues, escribió Cornford su trabajo, en el que pretendía comprender a Tucídides a partir de la concepción trágica de Esquilo, con el juego teológico decisivo en sus piezas trágicas:

Lo que ocurre es que, de un lado, acaso Cornford fuera demasiado lejos, y, por otro, que el terreno espiritual de la crítica histórico-filosófica no estaba suficientemente preparada para digerir la, por otro parte, original intuición del crítico inglés.

Hemos visto, a lo largo de este estudio, que durante mucho tiempo se ha tenido a Tucídides como un historiador cuyo empeño era, por decirlo con la terminología positivista, intentar descubrir el pasado *wie es eigentlich gewesen ist* (“tal como realmente ha sucedido”). Pero ocurre que, en la situación actual de lo que cabría llamar “concepción de la crítica histórica” (no nos atrevemos a hablar de Filosofía de la historia), se ha llegado a la conclusión de que —por decirlo con H. I. Marrou— *la historia es inseparable del historiador*⁵³. La aspiración de los teóricos de la historia que, en el pasado siglo, y, en parte del nuestro, pretendían convertir la Historia en una ciencia exacta de las cosas del espíritu ha quedado arrinconada, superada, digamos incluso que trasnochada. La visión del historiador como un instrumento meramente pasivo, como un aparato registrador que no tuviera otra tarea que reproducir el pasado con la fidelidad de una cámara fotográfica, se ha demostrado una simple quimera. Esta imagen —ha dicho el ya citado Marrou— ha resultado engañadora,” porque. . . hemos aprendido ya a reconocer cuánto de personal, de construido, . . . podían tener esas imágenes, por más que se las obtuviera con unos medios tan objetivos como son unos lentes. . .”⁵⁴.

La imagen de una historia químicamente pura, sin intervención de la persona del historiador, que, con su actividad, obtiene los “hechos” a través de unos documentos previamente analizados y criticados, ha sido calificado por Collingwood de “historia hecha con tijeras y engrudo”⁵⁵. Una historia tal y como la conciben los positivistas, una metodología que pretende obtener la verdad simple y pura con la sola acumulación de unos datos “asépticos”, es, en el fondo, una simple degradación de la actividad histórica, a la que se convierte en mera erudición. Casos hubo, en que el prurito de alejar de toda investigación histórica el más ligero asomo de la intervención subjetiva del historiador llevó al positivista a acumular simples series de hechos. Pero al hacer esto se cae en la mera ingenuidad de creer que con ello se evita todo subjetivismo, cuando una simple selección, por el mero hecho de serlo, es ya algo subjetivo, sometido a capricho de quien ha

realizado tal selección. Tan lejos se ha ido en la reacción contra esa actitud positivista, enemiga de todo lo que huele a subjetivismo, a selección, a teoría de acuerdo con la cual se ordenan o se construyen los hechos, que R. Aron ha llegado a afirmar: "La teoría precede a la historia",

Resulta interesante señalar que esta nueva concepción del historiador ha ido aplicándose de un modo paulatino, pero constante, a la figura de Tucídides en un proceso que puede ser muy atractivo seguir en sus líneas generales. Abrió el fuego, según hemos visto anteriormente, Cornford: pero hubo de transcurrir un lapso de tiempo relativamente considerable para que el camino señalado por el crítico inglés empezara a abrirse a una seria consideración.

La ruptura con la concepción clásica de la Historia, y por ende, de la misión del historiador, se produjo, comprensiblemente, a raíz de la primera guerra europea que, en muchos aspectos, significó para el espíritu europeo la superación de las posiciones teóricas y filosófico-ideológicas que habían cristalizado a fines del siglo XIX. Hemos hablado en varias ocasiones, a lo largo de estos estudios, de la figura del filólogo alemán Eduardo Schwartz quien, en su denodado esfuerzo por entender a Tucídides desde su propia posición de hombre del siglo XX que ha visto hundirse el mundo ideológico en el que se había formado, esboza un cuadro del historiador que se convierte, en la pluma de Schwartz, en un verdadero apolo-gista del mundo representado por el imperialismo ático encarnado en Pericles.

El aldabonazo que significó, en su momento, la tesis del libro de Schwartz hizo que los filólogos se plantearan una serie de preguntas que antes no se habían formulado o no se atrevían a formularse. Si Tucídides había osado convertirse en el defensor de una concepción concreta de la política, sacrificando con ello su fidelidad a los hechos objetivos, podían esperarse otras consecuencias de esta actitud subjetiva ante el tema por él historiado. En un principio, se plantea el problema sobre las bases de una evolución en el espíritu de Tucídides: así formula su tesis Pohlenz, y, sobre todo, es sobre la base de un paulatino cambio en la concepción de la historia que Schadewalt establece las bases teóricas de su estudio sobre nuestro historiador. Ya lo hemos señalado antes.

De rechazo, la atención se centra en torno al famoso *programa*, esto es, entorno a los capítulos del libro primero donde Tucídides esboza los principios teóricos en que se basaba su quehacer histórico. Pero, sobre todo, es a propósito de los discursos donde se plantean cuestiones más delicadas. Si Schadewalt llega a aceptar la existencia de discursos inventados por Tucídides, Grosskinsky⁵⁶, en un famoso trabajo, sostiene, lisa y llanamente, que todos los discursos del historiador llevan la impronta indeleble de su propia subjetividad. A partir de ahora, deberá tenerse muy en cuenta que cuando habla Pericles, sostiene Grosskinsky, es de hecho Tucídides quien pone en labios del político gran parte de sus propias ideas. La famosa objetividad del historiador comienza a tambalearse.

De hecho, una serie de puntos concretos hacen pensar en la imposibilidad de que los discursos de Tucídides respondan a una absoluta objetividad. En un reciente trabajo sobre el estilo y el método del historiador ha recogido Günther Wille⁵⁷ una auténtica antología de afirmaciones y juicios de los más eminentes filólogos sobre esta cuestión: todo parece conducir a la idea de que ha habido, en la redac-

ción de los discursos tucidídeos, cierta manipulación. Por lo pronto, la dificultad real de esos discursos, cosa que los hace poco aptos para ser dirigidos a una asamblea política de hombres de un nivel intelectual, todo lo más, medio; pero tampoco deja de sorprender la, al menos, aparente uniformidad estilística de tales discursos. Aunque por otros caminos se ha podido constatar que existen ligeras diferencias en la forma de hablar individual de algunos oradores tucidídeos⁵⁸, en el fondo no puede negarse una notable regularidad en el estilo de todos y cada uno de los discursos de la *Historia*. Pero existen otros aspectos no menos importantes: por ejemplo, cuando Tucídides pone en boca de un personaje anónimo un discurso (en debate entre atenienses y milesios, pongamos por caso), ¿inventa, o recoge un discurso pronunciado realmente? Y, ¿qué ocurre cuando los interlocutores son un grupo, como sucede en algunos casos? Por otra parte, no ha dejado de notarse que en algunas ocasiones el procedimiento de Tucídides ha consistido en sintetizar varios discursos en uno solo. El hecho ha sido observado por Rittelmeyer y Herter⁵⁹.

Todo ello tuvo que dar materia a la reflexión. En algunos casos se han llevado a cabo intentos por demostrar, al menos, que Tucídides es fiel a la mentalidad de su propia época, y que los discursos que pone en labios de sus personajes no son meros anacronismos. Así, Finley⁶⁰. En otras ocasiones, lo que se intenta demostrar es que hay en los discursos un fondo objetivo, aunque el autor no ha dejado de aportar algo propio.

Que, en suma, en los discursos estamos en presencia de un término medio. Así se ha expresado, por ejemplo, Herter⁶¹. O bien, como ha apuntado Wille en el trabajo antes mencionado, que en el programa no están previstos todos los casos ni todos los detalles de su *praxis*, y que, al parecer, su programa no tenía los alcances metodológicos que los exégetas tucidídeos querían atribuirle. O, como afirma el propio Wille: "El párrafo sobre el método no es ninguna descripción exhaustiva ni precisa del método tucidídeo"⁶².

En todo caso, lo que aquí importa poner de relieve es el desplazamiento que se ha producido, a la hora de emitir un juicio definitivo sobre la actitud del historiador con respecto a los objetivos de su *Historia*.

En efecto: es un hecho constatable que, en la visión positivista de Tucídides, el error de perspectiva histórica que se cometía consistía, sencillamente, en no haber intentado entender al historiador dentro de las coordenadas de tiempo y espacio en que se había educado y formado. En la empresa de devolver a Tucídides al ambiente espiritual e intelectual de su propio tiempo ha destacado de un modo notable Finley. Este filólogo no ha dejado de notar en varias ocasiones⁶³ que sólo estudiando a Tucídides dentro de las corrientes de su tiempo podemos llegar a una comprensión profunda de su obra. Insiste, sobre todo, el crítico americano en el amplio y sistemático uso que hizo Tucídides del argumento de "probabilidad" (*tò eikòs*) que, aplicado especialmente por la Sofística a un campo relativamente limitado, se convirtió en nuestro historiador en la piedra angular de su método historiográfico. Si los sofistas lo aplicaban casi de un modo exclusivo a la explicación de la conducta individual, Tucídides dio un paso adelante al aplicarlo al campo sociológico, a la conducta de los estados y de las masas. Junto a ello, destaca su

concepción materialista de la conducta humana, sobre todo en el campo del poder, que ya el Viejo Oligarca empleara al realizar su frío análisis de la democracia ateniense. “No existe duda —afirma Finley— que llegó a esta opinión esencialmente porque se había difundido largamente la idea de que una clase dada de personas reacciona uniformemente a unas condiciones dadas, y que tanto sus reacciones pueden ser objeto de estudio”.

Es un hecho cierto que la Sofística dejó una huella profunda en el espíritu de nuestro historiador, y que los principios básicos de esa corriente han de tenerse muy en cuenta a la hora de determinar la génesis psicológica de la *Historia* de Tucídides. Nestle y Rittelmeyer, Schmid, Guthrie, Jaegery Lesky tampoco han dejado de insistir en este aspecto de la formación ideológica de nuestro historiador⁶⁴. Y aunque no deje de ser cierto que en Heródoto podemos hallar ya el empleo del procedimiento del “eikòs”, como ha hecho Herter⁶⁵, no puede negarse que en Tucídides se aplica con una radicalidad que no hallamos en el historiador de Halicarnaso.

Pero sobre todo lo que le distingue especialmente de Heródoto, es la forma cómo Tucídides proyecta sobre el pasado más lejano las condiciones políticas y económicas de la Atenas de los años treinta del siglo quinto. Las dos condiciones precisas para la creación de un gran imperio son, para Tucídides, claras: recursos financieros y la posesión de una flota. Precisamente las circunstancias que permitieron a Atenas crear su propio imperio. O dicho con otras palabras: la reconstrucción que Tucídides intenta del pasado homérico no se basa en un análisis objetivo de las condiciones de aquella época, sino que aplica circunstancias sólo válidas para la Atenas del siglo V.

No han faltado críticos que se han esforzado en poner de relieve la tendencia general de Tucídides a dejar que los hechos hablen por sí mismos sin que el historiador intervenga personalmente para influir sobre el lector en el juicio que estos hechos puedan merecerle. En un interesante estudio sobre la actitud griega ante la poesía y la historia⁶⁶, Gomme, tras realizar un pormenorizado análisis de varios pasajes tucidídeos, termina con estas palabras: “Todo eso Tucídides no lo explica con muchas palabras, sin duda porque era familiar a sus lectores, pero principalmente porque aquí, como en otras partes, hace que la narración de los hechos se explique por sí misma”⁶⁷. Y el profesor Kitto, en un estudio dedicado a la relación entre la estructura y el pensamiento de la obra literaria, al ocuparse del método tucidídeo se expresa del modo siguiente: “Tucídides tiene los ojos puestos en los hechos, en las personas, en lo que éstas hicieron; pero él οὐδὲν λέγει”⁶⁸. Y más adelante: “Si merece el nombre de historiador científico es porque el parte de los hechos que ha investigado personalmente con rigor y porque las ideas generales que pone ante nosotros proceden de los hechos”. Palabras que no distan mucho de las que escribiera Meinecke⁶⁹ al definir al historiador: “Comprender las formas individuales de la humanidad histórica, pero, al tiempo, su núcleo intemporal, lo general en sus leyes existenciales, lo universal en sus conexiones: he aquí la esencia y la tarea del historiador moderno”⁶⁹.

Pero nadie deja de ver que detrás de esas expresiones puede ocultarse, y de hecho se oculta, un falso razonamiento. La historia de Tucídides es, ciertamente,

una obra de selección. El historiador ha tenido que escoger entre múltiples hechos a los que concede importancia según un criterio propio y personal. Tanto en lo que se refiere a los discursos pronunciados como en lo que atañe a los hechos históricos por él narrados. En 1956 J. de Romilly publicaba un valioso trabajo cuyo título de por sí es ya todo un programa: *Histoire et raison chez Thucydide*. En él la eminente helenista francesa ponía de relieve la labor de selección, de ordenación, de interpretación, que Tucídides llevó a cabo en su *Historia*. “Un historien —dice Romilly— ne cesse de choisir. Quand il définit son domaine, délimite son enquête, se renseigne, il choisit. Bien plus, entre les données, même incomplètes, qu’il a renuies, entre las document, même limités, qu’il a connus et retenus, il doit choisir encore. Dès qu’il établit une séquence, dès qu’il écrit une phrase liant entre eux deux événements, il introduit une interprétation”. Y termina definiendo la actividad de Tucídides con estas palabras: “Tout y est construire, voulu. Chaque mot, chaque remarque, chaque silence, contribue à dégager une signification qui a été distinguée par lui et imposée par lui”.

Pero una historia construída sobre este método, una historia basada en la selección, en la elección, en la interpretación, ¿puede ser una historia a lo positivista? ¿Puede un historiador que practica el arte de imponer a los hechos su propia interpretación, que da al lector la impresión de que los hechos hablan por sí mismos por que, previamente, han sido hábilmente organizados, ser un historiador “objetivo”? He aquí el problema.

A grandes rasgos, cabría afirmar que, al enfrentarse con la *Historia* de Tucídides, los críticos han adoptado dos métodos claramente contrapuestos: de un lado, los historiadores puros suelen aproximarse a Tucídides estableciendo *lo que realmente ha sucedido* para luego intentar descubrir la solución aportada por el historiador ateniense. Los filólogos practican otro método. Sabiendo que su quehacer consiste en buscar en cada escritor las leyes propias de su actividad creadora, lo que primariamente les interesa es ir al descubrimiento de las leyes que presiden su universo interior, su mundo propio, las leyes que configuran a este mundo interior. Desde hace unos pocos años, importantes representantes de la escuela anglosajona se han enfrentado con la obra de Tucídides para llegar a la conclusión de que el historiador griego ha dado a la cuestión de las causas de la guerra del Peloponeso una solución propia que no se compadece con la auténtica realidad. Donald Kagan, por ejemplo, publicó hace unos pocos años un documentado estudio en el que, tras un análisis exhaustivo de los argumentos aducidos por Tucídides y una estricta comparación con la “realidad histórica”, llegaba a la conclusión de que no podían resistir un severo análisis las tesis de Tucídides de acuerdo con las cuales la guerra era en 431 “inevitable”, y que en este momento Atenas había llegado al cénit de su poder⁷⁰.

Bien entendido, para Kagan no se trata, en el caso de nuestro historiador, de un intento por engañar a conciencia: “The purpose of Thucydides —y con estas palabra concluye Kagan su trabajo— was to set before us the truth as he saw it, bit his truth need not be ours”.

Ese rasgo típico de la obra de Tucídides imponiendo al lector sus propias concepciones, su propia interpretación de los hechos, ha sido señalada también

por W. P. Wallace en un artículo aparecido en la revista canadiense *Phoenix* en el año 1964. Para Wallace, el secreto de Tucídides, calificado de “subliminal persuasión”, consiste en saber ofrecer a sus lectores, previamente digeridos ya, los hechos que ha seleccionado para su *Historia*. Unos hechos que el historiador relaciona mediante hábiles repeticiones de palabras y motivos, de modo que resulta una tarea ciertamente no difícil seguir el curso de los acontecimientos tomando estos ecos como guías, como carriles del pensamiento tucidídeo⁷¹. Es más, incluso a través de esa hábil repetición de motivos y esquemas puede elaborarse toda una metodología encaminada a desentrañar la concepción previa que el historiador ha querido poner como base para estructurar toda la trama de su obra histórica. Tal es la tarea que muy recientemente se ha impuesto Virginia Hunter, en el libro que merece un breve comentario⁷².

Hunter se propone, por lo pronto, abordar seriamente y con todo detalle esta apariencia de inevitabilidad con que los hechos dan la sensación de sucederse en la obra de Tucídides, tal como habían señalado ya Kagan y Wallace. Es innegable —el hecho había sido ya en parte abordado por Romilly— que la relación existente entre un discurso y los hechos que siguen a éste discurso se presentan de modo tal, que todo produce la impresión de que las precauciones o previsiones hechas por un estadista o un militar se cumplen a rajatabla. O, por el contrario, que estos hechos no suceden tal como se habían previsto, aunque una hábil repetición de términos nos pone en guardia sobre los fallos cometidos por el orador al exponer su plan. Un análisis detallado de varias partes de la *Historia* lleva, pues, a la autora a dos conclusiones importantes: de un lado, que Tucídides convierte los resultados reales en motivos que pone en la mente del estadista o del general, lo que permite dar a la narración el carácter de algo inevitable. Pero, por otro lado, logra descubrir en la trama general de la obra de Tucídides unos esquemas repetidos en torno a los cuales organiza el historiador toda su obra. “The *History* is a veritable complexity of repetitive patterns”. Hay un proceso, en todo hecho histórico, que se basa en un esquema mental que se repite circularmente a lo largo de toda la *Historia*: la naturaleza humana se describe en el trabajo de Hunter como una interacción de φύσις, ὁργή γνώμη y τόχη. Tanto la primera parte de la guerra como la gran monografía de la campaña de Sicilia se insertan en ese mismo esquema. En los dos casos hay un “consejero acertado” que no consigue convencer a sus colegas sobre los riesgos de la empresa que se está planeando. En el primer caso es Arquídamo, en el segundo Nicias. En un caso y en otro se producen errores fatales; en ambos casos la γνώμη juega su importante papel. Y siempre hace su aparición lo inesperado, lo absurdo, lo que Tucídides llama τὸ παράλογον. La intención fundamental del historiador es definida, en este orden de ideas, como doble: “seleccionar y disponer los hechos de forma tal que los acontecimientos se conformen a este propósito, demostrando con ello el esquema de la historia, y, de otro, mostrar en qué medida y por qué medios el hombre es capaz de intervenir en estos mismos hechos”. Y termina Hunter su trabajo con estas palabras: “Y si objetivo significa no permitir que intervenga el propio punto de vista (del historiador). . . entonces Tucídides es el menos objetivo de los historiadores”.

El libro de Hunter es altamente sintomático de toda una corriente actual de interpretación de Tucídides, y significa, en cierto modo, la culminación de una serie de intentos por deshacer el equívoco de un historiador proclamado como "objetivo" y, al tiempo, definido como un hombre de fuerte personalidad que sabe organizar los hechos de un modo altamente subjetivo y personal.

Interesante complemento de estas orientaciones de última hora en lo que se refiere a la comprensión de Tucídides es el libro de H. P. Stahl, aparecido en 1966⁷³. El autor se ha enfrentado en este trabajo valientemente con la interpretación tradicional de Tucídides como historiador científico. Stahl se pregunta cómo puede sostenerse seriamente la tesis según la cual Tucídides es un historiador cuya intención básica es, de acuerdo con una opinión muy difundida, ofrecer al lector un manual de política. La idea de un Tucídides que, con su *Historia*, se propuso elaborar una técnica política, como un "pendant" a la técnica médica de un Hipócrates, había ido ganando terreno a partir de los años treinta, sobre todo tras los trabajos de Regenbogen, Weidauer, del mismo Jaeger. Para combatir esa interpretación, Stahl realiza un minucioso análisis de grandes partes de la *Historia* tucidídea para llegar a la conclusión de que lo que domina toda la concepción de la historia y del proceso político en nuestro historiador es una fuerza irracional, que hace trágicamente inútiles todos los cálculos humanos. Y si la actividad política no puede someterse a un control, viene a concluir el autor, es inútil intentar la doctificación de los principios que la rigen. La *Historia* de Tucídides no es, ni podía ser, un manual de política para el político.

Sin embargo, creemos que las conclusiones de Stahl son excesivamente pesimistas. Es cierto que puede descubrirse en nuestro historiador una cierta tendencia a poner de relieve el hecho de que, en determinados casos, un azar, un algo imprevisible da al traste con todas las medidas que el estadista haya podido tomar. El propio Tucídides pone en boca de Pericles en el umbral mismo de la guerra, unas palabras que llevan toda una carga trágica. Pero, simultáneamente, la obra del historiador está llena de esbozos y de planes que llegan a su cumplimiento tal como habían sido elaborados. Cuando Nicias hace un balance de los pros y contras que ofrece la expedición a Sicilia, sus análisis son certeros, y si no se cumplen es por motivos muy otros que el mero azar. Pero Brásidas traza un inteligente plan para tomar Anfípolis y se cumple *a rajatabla*.

También el médico hipocrático, por poner un ejemplo apropiado, sabe que en determinados casos su actividad se verá abocada al fracaso, y que, en otros, pueden presentarse circunstancias imprevistas que echen por tierra todas sus previsiones. Pero no por ello renuncia el médico al estudio de la naturaleza humana, ni deja de ofrecer a sus colegas los resultados de sus observaciones. De igual manera puede suponerse que para Tucídides, pese a los casos-límite que puedan presentarse, la actividad racional del estadista le permite penetrar en el meollo más profundo de la realidad política, aún a sabiendas que no siempre esta actividad racional conseguirá salir vencedora en su enfrentamiento con los hechos.

NOTAS

- ¹ Ed. Schwartz, *Das Geschichtswerk des Thukydides*, Bonn, 1919 (reeditado en 1969).
- ² *Thukydidesstudien*, (Nachr. Gött. Ges., 1919, 96 ss. *Kleine Schriften*, Hieldesheim, 1965, II, 295 ss.)
- ³ *Die Geschichtsschreibung des Thukydides*, Berlín, 1929.
- ⁴ H. Patzer, *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thukydides und die thukydeische Frage*, Berlín, 1937.
- ⁵ *Thucydides and the science of History*, Oxford, 1929, 2 ss.
- ⁶ Lord, *Thucydides and the World war*, Cambridge, Mass. 1945, 216.
- ⁷ K. Wiedauer, *Thukydides und die hippokratischen Schriften*, Heidelberg, 1954.
- ⁸ *Thucydides mythistoricus*, Londres, 1907.
- ⁹ Una de las cuestiones más candentes en torno a Tucídides es la determinación de las causas de la guerra del Peloponeso. La tesis básica de Cornford es que fue provocada por las presiones que sobre Pericles ejercía la clase mercantil del Pireo y Atenas. A partir de Cornford no hay historiador que no haya avanzado su propia tesis. En el apéndice bibliográfico del final de este libro hallará el lector interesado un elenco de las principales explicaciones intentadas.
- ¹⁰ *Thukydides. Die Stellung des Menschen im geschichtlichen Prozess*, Munich, 1966 (Colección *Zetemata*).
- ¹¹ Sobre este punto cfr. J. Alsina, *Emérita*, XXXVIII, 2, 1970, 342 s.; Herter, "Freiheit und Gebundenheit des Staatsmannes bei Thukydides" (*Hermes*, 93, 1950, 139 s.).
- ¹² *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1948 (hay traducción inglesa, Oxford, 1963).
- ¹³ G. E. M. de Ste. Croix, "The character of the Athenian Empire" (*Historia*, III, 1954/55, 1-41).
- ¹⁴ Bradeen, "The popularity of the Athenien Empire" (*Historia*, IX, 1960, 257).
- ¹⁵ T. J. Quinn, "Thucydides and the unpopularity of the athenian Empire" (*Historia*, XIII, 1964, 257 s.).
- ¹⁶ En general, sobre el tema, cfr. últimamente, R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford, 1972. Para aspectos concretos, sobre todo la tendencia de Tucídides a poner de relieve los aspectos "realistas" de este imperio, frente a la propaganda oficial de Atenas, H. Strassburger, "Thukydides und die politische Selbstdarstellung der Athener" (*Hermes*, 86, 1958, 14 s.).
- ¹⁷ Así, Pohlenz, *Der hellenische Mensch*, Gotinga, s. a. (1947) 147.
- ¹⁸ W. Jaeger, *Paideia*, II, 1.
- ¹⁹ *Der thukydideische Epitaphios, ein stilistischer Kommentar*, Munich, 1961.
- ²⁰ G. Donini, *La posizione di Tucidide verso el governo del Cinquemila*, Turín, 1969.
- ²¹ Op. cit. 21.
- ²² crr. Mac Gregor, "The politics of the historian Thucydides" (*Phoenix*, 1956, 93 s.)
- ²³ En su trabajo, *Der Begriff des Staatsmannes bei Thukydides*, Würzburgo, 1938.
- ²⁴ Herter, art. cit. en nota 11; Romilly, "Rev. des Etud. grecques", 1965, 551; Stahl, op. cct. en nota 10.
- ²⁵ Sobre el Cleón de Tucídides, cfr. A. G. Woodhead, "Thucydides Portrait of Cleón" (*Mnemosyne*, 1960, 289 s.).
- ²⁶ Sobre algunas de las figuras políticas de Tucídides, cfr. en general, W. R. Connor, *The new politicians of the Fifth-Century Athens*, Princeton, 1971 (con ciertas tesis muy discutibles); y en particular, Westlake, *Individuals in Thucydides*, Cambridge, 1968.

- 27 Una recopilación de varios trabajos sobre Tucídides puede verse ahora, en la colección alemana *Wege der Forschung*, el tomo *Thukydides*, editado por Herter (Darmstadt, cfr. el apéndice bibliográfico del final de este libro).
- 28 cfr. últimamente, *Die Krise des Helden*, Gotinga, 1962, 52 ss.
- 29 Discursos, III, 43.
- 30 "Thukydides als politischer Denker" (*Gymnasium*, 44, 1933, 10) reproducido en el tomo sobre *Thukydides* citado en la nota anterior.
- 31 *NJb.* 1917, 2 ss.
- 32 *La campagne avec Thucydide*, Ginebra, 1922.
- 33 "L'éternel présent" (*Rev. des Etud. grecques*, 35-1922, ss.).
- 34 *Thucydides and the World War*, Cambridge, Mass. 1945.
- 35 *Thucydides an the nature of Power*, Cambridge, Mass. 1970.
- 36 Losada, *The Fifth Column in the Peloponesian War*, Leiden, 1972.
- 37 cfr. *Journal de Génève*, 21 dic. 1921, y, en general, Bourgeois-Pagès, *Les origines et les responsabilités de la grande guerre*, Paris, 1921.
- 38 *Sitzungb. der Heidelb. Akad. der Wiss. (Phil. hist. Klasse)*, Heidelberg, Winter, 1969.
- 39 *Das Geschichtswerk des Thukydides*, ya citado.
- 40 Ed. Schwartz, *Figuras del mundo antiguo* (trad. esp.) Madrid, 1942, 43 ss.
- 41 cfr. por ejemplo, J. Vogt, "Das Bild des Perikles bei Thukydides" (*Hist. Zeitschr.* 182, 1956, 17 ss.).
- 42 cfr. *Rev. des Etud. grecques*, 1965, 358.
- 43 cfr. el citado trabajo de Bender (en nota 23).
- 44 "The politics of the historian Thucydides" (*Phoenix*, 1956, 93 s.).
- 45 Sobre el problema, cfr. ahora, K. W. Eelbei, "Das Problem des Präventivkrieges im politischen Denken des Perikles und des Alkibiades" (*Gymnasium*, 79, 1972, 289).
- 46 cfr. J. Schwarze, *Die Beurteilung des Perikles durch die attische Komödie*, Munich, 1971 (y nuestra reseña en *BIEH*, VI, 1, 1972).
- 47 Puede verse un ejemplo en la obra de Fliess, "Guilt War in the History of Thucydides" (*Traditio*, XVI, 1960, 1 ss.).
- 48 Thomson, *Studies in Ancient Greek Society*, Londres, 1949, 342 ss.
- 49 *An Introduction to the History of History*, Nueva York, 1922 (hay trad. española, México, F. C. E.).
- 50 Grote, por ejemplo.
- 51 Véanse por ejemplo los trabajos respectivos de Woodhead (art. cit. en nota 25), y H. D. Westlake, "Thucydides and the Fall of Amphipolis" (*Hermes* 90, 1962, 276 s.).
- 52 Atenas, 1970.
- 53 H. I. Marrou, *El conocimiento histórico* (trad. esp.) Barcelona, Labor, 1968.
- 54 op. cit. 42 ss.
- 55 *The Idea of History*, Oxford, 1961, 257.
- 56 *Das Programm des Thukydides*, Berlín, 1936.
- 57 "Zur Stil und Methode des Thukydides" (*Synusia, Festgabe für W. Schadewalt Pfullingen*, 1965, 53 ss.).
- 58 cfr. el curioso trabajo de Tompkins en *Yale class. Stud.* 22, 1972, 181 s.
- 59 cfr. H. Herter, "Zur ersten Periklesrede" (*Studies Robinson*, Saint Louis, II, 1953, 614).
- 60 "Euripides and Thucydides" (*Harv. St. in class. Phil.* 1938 *Three Essays on Thucydides*, Harvard Univ. Press, 1967, 1 ss.).
- 61 art. cit. 613.
- 62 *Der Methodensatz ist keine erschöpfende und keine präzise Darlegung der thukydideischen Methode* (art. cit. p. 77).
- 63 *Thucydides*, Harvard, Univ. Press, 1947.

64 W. Nestle, *Griechische Studien*, Stuttgart, 1948, 321 s.; W. Schmid, *Griechische Literatur-geschichte*, I, 5, p. 140 s.; Guthrie, *A History of Greek Philosophy* Cambridge, III, 1969, 84 ss.; Jaeger, *Paideia* (trad. esp.) México, 1946², 392.

65 *Antike und Abendland*, X, 1961, 19 ss.

66 *The Greek attitude to Poetry and History*, Berkeley-Los Angeles, 1954, 11.

67 *op. cit.* 128.

68 *Poiesis. Structure and Thought*, Berkeley-Los Angeles, 1966, 285 ss.

69 *Die Idee der Staatsraison*, Munich, 1921, 10.

70 Donald Kagan, *The Outbreak of the Peloponnesian War*, Ithaca, Cornell Univ. Press, 1969.

71 Este método ha sido aplicado últimamente por O. Longo (cfr. *Studi ital. di Fil. class.*, XLVI, 1974, 5 ss.; *Quaderni di Storia I*, 1975, 87 ss.).

72 *Thucydides, the artful reporter*, Toronto, 1973.

73 H. P. Sthal, obra citada en nota 10.